

Galería Blanca Soto / Sept.Oct. 2005

José Luis santalla o la calma de los objetos



José Luis Santalla (1965) presenta individualmente la serie *Fugas*, que ya paseara por el Palacio de Revillagigedo de Gijón junto a aquella contemporánea suya titulada *Un mundo feliz* con la que resultaba fácilmente conectable. En este caso, además de sola, *Fugas* llega en una versión necesaria y debidamente resumida. Santalla es uno de esos fotógrafos que gusta de establecer juegos donde el sentido y la forma de los objetos, escenarios, cuerpos y personajes son subrayados, dados la vuelta, duplicados, hasta conformar una especie de enigma del que no sabemos cómo conocemos su solución. Poemas-objeto en clave únicamente visual, cuyo extrañamiento tiene una índole ciertamente cercana. Pero al mismo tiempo también narraciones inconclusas que sirven para presentar alegorías sobre la realidad del artista. Este último conjunto de fotografías prolonga todas esas tendencias de la obra del madrileño y las lleva a su punto álgido hasta la fecha gracias a un gran cuidado formal.

Las imágenes de *Fugas* suelen presentar vestimentas u otros objetos de uso o complemento humano (más o menos directamente relacionados con su cuerpo), estáticos y abandonados en el interior de habitaciones o en medio de paisajes (generalmente urbanos o con huellas de presencia humana) pero que mantienen parte de la forma o uso de cuando la figura humana los habitaba. Como pieles o carcasas abandonadas que aún se mantuvieran, de alguna manera, animadas, se prestan a la doble lectura de verse como ausencias o como presencias. Al tiempo que el ser humano ha desaparecido de ellas y de él sólo queda una sustancia simbólica (fruto de la cultura de su tiempo), también está presente todo un esquema de representación basado en la utilidad y la apariencia. Las personas se han fugado como si del hombre invisible se tratara pero sabemos que no andan lejos. Ropajes, camas e incluso esa rueda de coche en la curva en mitad de la bruma (espléndida foto) guardan los gestos, las poses, los brillos externos y efímeros de otra realidad reciente. Y, a la vez, los objetos, en esa calma tan extraña e insultante, denotan su existencia privilegiada, atemporal, dentro de una dimensión ajena a la nuestra.

El misterio está en la fuga. La fuga está en el tiempo. El tiempo está suspendido en la dimensión desconocida. Los objetos nos pertenecen. Nosotros no nos pertenecemos. Pero en nuestro mundo, sin ellos, somos invisibles.

Abel H. POZUELO